

Colección LA NOVELA CUBANA, 7

Cuesta abajo

Lorenzo Lunar Cardedo

EDITORIAL
Feijóo

© Lorenzo Lunar, 2002 © Sobre la presente edición electrónica: Editorial Feijóo, Santa Clara, 2006

Edición y diseño: I. Pérez González • ISBN: 959-250-285-4

El tema de la marginalidad vuelve a reiterarse en la narrativa de Lorenzo Lunar. Esta vez *Cuesta abajo* repite personajes y sitios que el autor ya ha visitado en ocasiones anteriores para dar al lector una imagen muy realista de los bajos fondos de una ciudad que aunque tiene nombre pudiera ser cualquier otra.

Leonardo, el inspector de policía, vuelve a hallarse tras la pista de un delito que irá tornándose cada vez más misterioso por el entramado de pasiones que se vislumbran. No es solamente la solución del caso su objetivo, también la pintura de unos personajes que luchan por su momento en un relato que al final se habrá cargado de sorprendentes revelaciones.

El Editor.

I

Hoy es domingo. Cuando yo era muchacho los domingos tenían un color diferente. Puede que fuera porque me levantaba más tarde y el sol ya estaba alto. En las mañanas de domingo el barrio se llenaba de olor a frituras de harina y a chocolate caliente. Los domingos también olían a flores. El domingo era algo especial: los negritos del solar salían a la calle con la moquera limpia y las ropas planchaditas; Cundo, Tachuela y El Moro amanecían en la esquina mostrando sus sonrisas rosadas sin dientes y brindando con el alcohol blancuzco de siempre, por todos los tarros que recibieron en sus mierderas vidas, mientras que Pedrusco El Rey del Brillo les cantaba rancheras trágicas como aquella de Juan Charrasqueado o sentimentalonas como «Échame a mí la culpa». Los domingos las mulatas salían a la calle meneando las nalgas con más sabrosura que los demás días, y de cada casa salía una música diferente.

Los domingos podían resumirse fácilmente: por las mañanas los muñequitos de la televisión y por las tardes a contemplar las bandadas de totíes sobrevolando el barrio en busca del Parque «Vidal».

Ahora el domingo ya no existe.

Ahora hay un día insoportable que sigue a un sábado agotador y precede a un lunes todavía más odioso. Día de escándalo y música ensordecedora junto al termo de cerveza. Día de bronca con borrachos impertinentes y guapos nuevos, de esos que como Papitico y Ramonín no tienen otro entretenimiento que armar escándalos y cojer pescozones.

Es domingo y la Cuqui se va del barrio emparrillada en la moto de un tipo que dicen que es italiano.

Es domingo y el día parece que no se va a acabar.

Es domingo y la angustia solamente terminará cuando se agote el líquido del termo: la cerveza fría y espumosa. Divina. (Hace calor). Anhelada. Y lo único que yo deseo es que no pase nada; que nadie venga a contarle a Pupy que la mujer le está pegando los tarros, que al

Lobo no le dé por embalsarse a esta hora y que Joseíto le haya pagado los veinte pesos que le debe a Frank la Puerca.

Es domingo. Estoy sediento. Estoy cansado. Son las tres de la tarde. Pasa Mayita y me hace un guiño con el ojo, meneas la cabeza y su pelo rubio, casi blanco, deja flotando en el aire un olor a champú de fresa.

El Puchy también me había hecho una seña. Llevaba el tanquecito plástico lleno de cerveza.

Son las cuatro de la tarde cuando al fin termina la agonía. El termo se va arrastrado por un tractor dejando una nube de polvo suspendida sobre el barrio. Hace dos meses que no llueve. Tengo el olor del champú de Mayita metido en los pulmones, en el cerebro, en los recuerdos...

Para ir a casa del Puchy primero tengo que bañarme y cambiar mi ropa. Al Puchy no le gusta que yo entre a su casa vestido de uniforme.

Se me va la mano en el perfume, es que estoy pensando en Mayita. Fela me pregunta si voy a comer y le digo que no, que voy a dar una vuelta: es que estoy pensando en Mayita. Que si vengo temprano y no, que voy a estar en casa del Puchy y después no sé que haga, y es que estoy pensando en Mayita. Y esperando que sean las nueve de la noche para vernos donde acordamos.

—¿Y el Puchy?

—Adentro.

Nieves está aún en el portal, ejerciendo su casi clandestino oficio de manicura. La víctima es una rubia de cuerpo bonito, mono de licra y gafas oscuras que no le disimulan la cara de loquita. Me recuerda a Mayita, con ese pelo casi blanco y ese olor a limpio, pero es que no puedo dejar de pensar en esa mujer.

—¡Arriba, Leo, acaba de entrar!

Y entro a la llamada de mi socio, pero sin dejar de mirarla, buscando detrás de los cristales negros de sus gafas unos supuestos ojos verdes, como los de Mayita, claro.

II

Fue en el año ochentidós que la conocí. Yo acababa de salir de la Academia de la Policía. En aquel tiempo la gente hablaba de las Tropas Especiales como si fuera algo del otro mundo, cosas de películas de kong-fu. Pinky y yo nos embullamos fácil. Habíamos estado juntos en África y juntos nos metimos en aquello.

Como Pinky era de Manzanillo se quedaba en mi casa. Fela le cogió cariño y en el barrio las jevitas nos decían «los chicos de las Tropas Especiales». Pero yo había sido novio de Mariana antes de irme para Angola.

Pinky un sábado se empató con Fefita en una fiesta. Y la Fefi era prima de Mayita, entonces vino la cosa. Mayita era rubia y se pintaba los labios de rojo-rojo y bailaba moviendo su cintura y aquellas nalgas redonditas... le decían Madonna. Mayita todavía no había tenido su primer novio.

Mayita todavía no había tenido novio porque no podía ser novia de nadie más que del tipo duro del barrio, el bárbaro, el chino, el kong-fu, el chico de las Tropas Especiales, yo.

—Te queda bonito ese color —le digo.

Mayita intenta sonreírme desde el espejo. Vuelve a pasarse el creyón por los labios y luego los restriega, uno contra el otro, con ese gesto tan profesionalmente femenino. Y me sonrío, ahora con una sonrisa rojo-negra, falsa.

—Se me está acabando —comenta mientras me muestra el último pedacito del creyón bailando dentro del estuche de plástico negro.

—Un día de estos te voy a comprar uno nuevo —le digo solo por decir algo.

Mayita sonrío otra vez. Tiene el colmillo manchado. Con la punta del dedo lo limpia. Es un gesto que me recuerda aquellos tiempos, cuando todavía éramos novios, antes de que ocurrieran las cosas. Entonces yo le decía «mi colmillo» y le limpiaba la mancha de creyón rojo, que era el

color que se usaba.

—¿Por qué no me compras también unas gafas?

—¿Gafas?

—Sí, hoy vi unas lindísimas que estaban vendiendo por el barrio.

—Deja ver si puedo.

—Cuestan sesenta pesos. Mejor me das el dinero. Yo sé quién las vende, pero a ti ni soñar...

Me pongo de pie sin responderle. Comienzo a peinarme, parado detrás de ella, casi rozándole las nalgas. Ella se inclina, se frota contra mi cuerpo y cuando quiero abrazarla se me escapa de las manos para ponerse en el otro ángulo del tocador a recoger sus cosas: perfume, lápiz de cejas, crema, laca para el pelo... el creyón labial.

Sesenta pesos. Ni pensarlo. La quinta parte de mi salario en unas gafas. Y ya la cuenta era suficientemente alta para mí: veinte de la habitación, cinco al carpetero por el favor, la comida —porque cuando nos encontramos Mayita me dijo que tenía hambre, tremenda hambre y que así con esa hambre no podía hacer nada— y luego la imprescindible botella de ron... Y ahora me pide sesenta pesos para unas gafas.

—Sesenta pesos —vuelve a recordarme cuando ya estamos en el pasillo.

Cierro la puerta en silencio. Desde el dintel un número doce, casi ilegible por lo sucio, me sonrío socarronamente.

La despedí en la esquina del hotel.

—Es mejor que no sigamos juntos.

—Sí, claro. Acuérdate de los sesenta pesos.

El Puchy en mi lugar hubiera salido corriendo a apuntarle en el juego de la bolita un peso al doce, pero yo soy policía, y hay algunas cosas que no puedo hacer.

III

César pone las gafas encima del buró. Son de cristal oscuro y armadura metálica dorada, ovaladas y alargaditas.

—Dieron un golpe grande. Le metieron mano al almacén de una corporación y sacaron una pila de estas. La cosa adentro ya está bajo control, pero estamos trabajando con bastante cautela. No queremos armar mucho escándalo. Además, hay alguien que puede quemarse. Hace falta recuperar la mercancía, que se pierda la menor cantidad posible. Sabemos que la metieron en el barrio, es probable que ande por tu Sector.

Yo me quedo mirando las gafas durante varios segundos, pero no le digo nada todavía.

Entro al barrio y me tropiezo con Nieves. Viene de la bodega casi arrastrando una jaba de mandados. La nariz llena de gotitas de sudor. Le cargo la jaba hasta la casa.

—Ven acá, negra, ¿quién era la rubiecita esa que estaba ayer arreglándose las uñas contigo?

—Tania.

—¿Tania?

—Sí, Leo, Tania, la hija de Raquel... Leo, déjate de invento, que esa chiquita está en lo suyo. Y lo tuyo es otra cosa.

IV

El Puchy siempre dice que el barrio es un monstruo. Me lo ha dicho tantas veces que yo también lo imagino así: un dragón de muchas cabezas y no sé cuántos tentáculos. Cada cabeza tiene un rostro y los rostros cambian sin que uno se dé cuenta. El mismo monstruo se come sus propias cabezas y estas se regeneran, a veces con el mismo rostro y un pensamiento diferente adentro, otras con los mismos pensamientos, pero con el rostro cambiado, muchas veces con los pensamientos y la cara distintos.

Otras veces el monstruo toma cualquiera de las cabezas con sus tentáculos y la cambia de posición. La cabeza de cada espacio siempre trata de relacionarse con la nueva cabeza, pero el monstruo puede que decida volverla a cambiar y cuando la coloca nuevamente en su lugar de origen, las cabezas que se encuentra son diferentes o, si son las mismas, por alguna casualidad, entonces la que es diferente es la que el monstruo regresó y las otras tienen que volver a entrar en confianza porque esa cabeza ha cambiado con tantas vueltas que le han hecho dar. El monstruo tiene muchas cabezas; malas y buenas cabezas. Tiene cabezas que te sorprenden, como la de Tania.

Tania decía que ella también era mi novia. Mayita y yo la llevábamos a la escuela, estaba en el pre-escolar, y luego la buscábamos por la tarde. Era hija de Raquel, una vecina de Mayita.

Eso mientras duró lo nuestro. Después me fui a trabajar para La Habana y ocurrió lo que ocurrió, entonces no volví a saber de ella hasta que comencé a trabajar como Jefe de Sector.

Un día leí su nombre entre los del potencial delictivo, pero no pensé que pudiera ser Tanita. El monstruo tiene también cabezas con el mismo nombre y apellidos y no tienen nada que ver una con la otra. La sorpresa me la llevé cuando visité la Escuela de Oficios. Allí estaba Tania pasando un curso de dos años para aprender a poner azulejos.

El director era un tipo flaco y jorobado que hablaba con la mayor calma del mundo. Me brindó una infusión de hojas de naranja y

mientras bebía a sorbos el líquido caliente, me contaba la historia de una Tania que yo desconocía:

—Dejó la escuela en séptimo grado y se escapó de la casa, hay quien dice que fue la madre quien la botó. Apareció una semana después en Cienfuegos. La encontraron en el puerto, salía de un barco griego. Se le ocupó un maletín lleno de ropa de uso, sesenticinco dólares y una grabadora. Eran cuatro chiquillas, todas de aquí de Santa Clara. Tania era la mayor.

Yo traté de no mostrar asombro. En definitiva acababa de llegar de La Habana y se suponía que hubiera visto cosas peores. El tipo siguió hablando:

—Esto aquí es peor que una escuela de reeducación. Todo lo que tengo es potencial delictivo y casos sociales. Hay un negrito que a los siete años le metió una puñalada al padrastro y casi lo jode, le dicen Pedro Navajas y él se siente orgulloso. Aquí hay que ser más policía que cualquier policía y más maestro que cualquier maestro. Lo peor es que no puedes esperar nada bueno. Es como arar en el mar.

En esta escuela no hay nada que sirva. Esto es un rollo de alambre. Y esa Tania es un peligro. Está muy buena y ella lo sabe. Las mujeres así son un peligro público, esa muchachita le derrite el coco al más pinto. ¿Usted sabe que ya le desgració la carrera a un profesor de aquí? Nada, que lo envolvió. Cuando nosotros supimos que Rafael estaba enredado con ella lo llamamos, era un compañero valioso y había que cuidarlo, pero parece que la chiquita ya lo tenía desquiciado. Una noche la guardia la sorprendió llevándose unas cosas del almacén. Tania dijo que Rafael se las había dado. Nunca supimos si ella decía la verdad, pero tratamos de que aquello no trascendiera. Total, una semana después, en una visita nocturna de esas que hace el Partido, los encontraron templando en el Departamento. Ahora el infeliz perdió hasta el título, y ella, aquí. Qué otra cosa se le puede hacer que no sea dejarla aquí.

Al poco tiempo de aquello supe que Tania se había casado con un tipo de Matanzas y se había ido a vivir para allá. Por lo menos eso era lo que se comentaba en el Barrio.

Ahora el monstruo volvía a coger la cabeza de Tania y la colocaba en su lugar de origen. Le había hecho algunos arreglos; el pelo platinado, una expresión dura en el rostro que aunque no lograba opacar su cara bonita, sí decía mucho de sus horas de vuelo en la nave de la

prostitución, y las gafas oscuras escondiendo aquellos ojos verdes.

La vida es un tango, pensé cuando la vi frente a mí.

La vida es un tango, eso decía Cundo siempre que se emborrachaba, y no sé por qué lo decía si en definitiva lo que le gustaba a él eran las rancheras. ¿Pero acaso no son la misma cosa las rancheras, los tangos y los boleros de victrola?

Volver, con la frente marchita, pienso al verla entrar a la oficina del Sector. Pero no, lleva la cabeza erguida y camina con aire prepotente: «yo soy una puta que tengo los dólares que tú no tienes», parece decir con su contoneo irrespetuoso. La mala cabeza de Tania frente a mí, calzando sus quince años en unos zapatos altos que la hacen de mi talla y esa ropa que delata cada curva suya, veo el cuerpo de Mayita de nuevo frente a mí, sólo que más joven, sin las celulitis que anoche le descubrí en los muslos y las nalgas; un cuerpo de mujer duro y joven, los senos como misiles prestos al combate.

La miro de frente. Por mucho que intento no logro descubrir aquellos ojos verdes. Las gafas negras me lo impiden .

Los labios embadurnados del mismo creyón rojo-negro que anoche llevaba Mayita, declaran una y otra vez la misma mentira:

—Se las compré a un tipo en la esquina del Parque.

El barrio es un monstruo y la vida es un tango.

—Entonces eso vas a tener que decirlo en La Unidad.

La vida es un tango.

—Parece mentira que tú me quieras llevar presa.

El barrio es un monstruo.

—Esto no es un problema mío. Dime la verdad.

La vida es un tango.

—¿Tú no le íbas a comprar unas a Mayita?

El barrio es un monstruo.

—¿De dónde sacaste esa mierda, Tania?

La vida es un tango.

—Me las regaló mi novio.

El barrio es un monstruo.

—¿Novio?

La vida es un tango.

—Mi novio. Se llama Maikel.

«Leo, tú eres mi novio», me decía la chiquilla al verme llegar a casa

de Mayita, y salía corriendo, en busca de mis brazos que la alzaban buscando el techo.

Tania, con aquella batica blanca, sin encajes, pero limpia. Con aquella sonrisa que parecía la mañana. Y yo levantándola para que tocara con sus manitas el techo...

El barrio es un monstruo.

La vida es un tango.

Se llamaba Maikel Díaz Martínez y cuando lo mataron tenía diecinueve años. Vivía solo. El padre trabajaba en Pinar del Río. Hacía nada más que tres meses que un tentáculo del monstruo había puesto su cabeza en el barrio mediante una permuta con Raisa, la peluquera, que fue a parar provisio-nalmente —hasta que al monstruo le dé la gana— al reparto Bengochea.

Maikel tenía una moto Jawa 350, rojo metálico. A veces lo visitaban algunos socios, ninguno del barrio. Bitongos y bien vestidos, peludos, con motos o carros.

A Maikel lo mantenía su madre desde los Estados Unidos.

Yo mandé a buscarlo a las doce del día, y Ambrosio, el auxiliar, regresó diciendo que la casa estaba cerrada. A esa hora, según el forense, todavía no le habían atravesado el hígado con un punzón. Eso ocurriría de noche, aproximadamente a la hora de la telenovela. El cuerpo lo encontraron tirado debajo del puente de la Carretera Central, cerca de la cafetería del servicentro de CUPET.

En una pared un póster de Bon Jovi. El equipo de audio en una esquina. En el otro extremo de la sala la moto. En el cuarto una cama personal, desordenada. Junto a la cama una mesita. En la gaveta doscientos pesos, algunos dólares y un paquete de condones. Sobre la mesita una novela policiaca. Debajo de la cama un par de botas. Frente a la cama un escarparte.

Los técnicos terminan el inventario de las demás cosas. Ni sombra del contrabando.

—¿Qué podrá saber esa putica? —me pregunta César.

—No sé. Puede que mucho, puede que nada. Puede que no sepa que sabe algo.

—¿Ahora te ha dado por hacer trabalenguas?

VI

Pedrusco El Rey del Brillo tiene todavía su sillón de limpiabotas frente a la Terminal de Ómnibus. Pedrusco vive de embarrarle los zapatos a la gente con una cosa prieta que le compra a Frank la Puerca y que según este es un betún fabricado con sebo del matadero. Sin embargo, la gente comenta que el verdadero sebo del matadero Frank la Puerca se lo vende a Kiko Empanada, que tiene un carrito de fritas a un costado de la Terminal, para que fría las papas rellenas que hace con yuca. Lo cierto es que cuando uno se come una papa-yuca rellena de las que hace Kiko Empanada, se le queda el cielo de la boca embarrado de una grasa espesa y molesta que no se quita en menos de media hora. Y el betún de Pedrusco El Rey del Brillo se reseca y cuartea la piel de los zapatos al poco rato de untarlo.

Pedrusco es informante mío hace ya algún tiempo. Realmente me costó bastante trabajo convencerlo, puesto que el viejo se mantenía renuente con aquello de que él nunca había sido chivato, sin embargo lo conseguí recordándole algunos pasajes de su glorioso pasado como combatiente. Al final se transó con la condición de que lo considerara un agente secreto y no un informante.

Pedrusco El Rey del Brillo es mi agente secreto en el barrio.

Son las ocho de la mañana y atravieso el barrio con mis botas embarradas de una sustancia negra y fangosa que Pedrusco me ha garantizado como betún de primera calidad. Tuve que dejarlo hacer a cambio de una conversación aparentemente cotidiana con él para contarle los pormenores del caso y pedirle que pusiera sus maltratados cinco sentidos en esa función. Pedrusco, con una solemnidad marcial, me prometió estar «con la guardia en alto» y selló el compromiso empinándose el pomito, ya por la mitad, de alcohol blancuzco, también suministrado por Frank la Puerca.

VII

Fela pone el desayuno sobre la mesa y se sienta junto a mí.

—Dice la gente que ese muchacho estaba metido en un asunto de marihuana. ¿Es verdad?

—Vieja, la gente de este barrio es novelera. No le hagas caso a eso.

—Hijo, en esas cosas de marihuana siempre hay gente mala...
Cuídate.

—Vieja, déjate de boberías.

Ahora me mira con expresión de reproche.

—Esa descarada anda comentando por ahí que la otra noche estuvo contigo. ¡Tú no te vayas a enredar otra vez con eso, Leo! ¡Ten cuidado!

Mayita está acostada boca abajo, tiene unas libras más que hace quince años, pero sigue siendo una buena hembra. La piel de Mayita es blanca y ahora tiene la vieja cicatriz de una quemadura redonda en la pantorrilla derecha. Mayita está acostada boca abajo, desnuda, las piernas semiabiertas. Yo me subo encima de ella, la tomo por la cintura y levanto sus nalgas hacia mí. Comienzo a penetrarla mientras le acaricio la espalda, los hombros redondos, el cuello... Mayita tiene el pelo rubio, casi blanco. Ahora mis manos le aprisionan las caderas mientras que ella se menea profesionalmente, buscando excitarme con frases que escucho lejanas, como si no fuera ella quien las pronunciara. Como si no me las estuviera diciendo a mí.

—Tú sabes que Fela nunca estuvo de acuerdo con lo de nosotros.

—No era eso...

—Tú sabes que es verdad. Ella nunca pudo tragarme. Veía por los ojos de Mariana. Ella empujó como un tren para que ustedes volvieran.

—Mira, yo volví con Mariana porque me dio la gana, me casé con ella porque me dio la gana, y terminé contigo porque...

—Porque te pegué los tarros, ¿no?

VIII

—Luisa te estuvo llamando, dice que te acuerdes de que ella existe —me dice Ambrosio apenas entro al Sector.

Cuando comencé con Luisa todavía estaba con Mariana. Fue aquella tarde en que ella volvió al barrio, después que el marido la dejó. De eso hace ahorita cinco años. Comenzamos sin compromiso, pero cuando terminé con Mariana, empezamos a salir y acabé quedándome a dormir en su casa a cada rato.

—Yo la llamo después, ahora tengo cosas que hacer.

La primera vez que me quedé en su casa fue una trampa. Yo me dejé engañar. Habíamos estado estudiando Derecho Romano y era casi la una de la madrugada. Ella hizo café, después sacó una botella de Legendario y acabamos durmiendo juntos. Después aquello se fue haciendo habitual.

—¿Leo, qué es lo que tú piensas de la vida?

Luisa se ha ido metiendo en mi vida poco a poco, de tal manera que hasta Fela le ha cogido aprecio, Yanet le dice tía, Mariana la odia, y yo no sé qué hacer.

—Ya tú tienes treinticinco años en las costillas. Formaliza tu vida, Leo.

Lo que a mí me pasa es que tengo miedo. Miedo a la muerte. Lo tengo desde aquella noche que sentí como Pinky se me moría en los brazos por la puñalada de un delincuente. Y miedo a matar, porque estoy convencido de que puede ocurrir cualquier día, basta con solo apretar el gatillo.

También tengo miedo de otras cosas. Un policía no tiene tiempo ni para sí mismo, menos para los suyos. Mariana se aburrió. Yanet quiere más a su padrastro que a mí. Un policía tiene poco que ofrecerle a una mujer: miedo y soledad.

—¿No la vas a llamar? —me insiste con tono paternal.

—Búscame al Gordillo. Y cita para mañana a Yusimí, la jinetera —le respondo.

IX

Cuando Ambrosio salió, marqué el número de Luisa. Estuvo un rato sonando ocupado. Colgué. Encendí un cigarro y me quedé mirando al techo. No le vendría nada mal una mano de pintura, pensé. Terminé el cigarro y volví a marcar. Dio timbre un par de veces. Entonces fue cuando el Puchy entró por la puerta como una tromba marina. Y colgué.

—Puchy, qué es lo que pasa, mi hermano.

—Mira, Leo, no me digas «mi hermano», coño... Lo que pasa es que tú te has portado como un mierda.

Yo nunca pensé que ser policía fuera algo tan difícil. Es verdad que cuando me metí en esto todavía era un muchacho, pero ahora me doy cuenta de que ser policía es de lo más difícil del mundo. Sobre todo cuando uno quiere ser policía y ser hombre al mismo tiempo. Y cuando digo hombre quiero decir «hombre» en el concepto del barrio.

Esto no es machismo. Cuando uno en el barrio quiere decir la clase de tipo que es, nunca dice «yo soy un macho» sino «yo soy un hombre». Y eso, como decía Cundo, nada más que se aprende en la «escuela de la vida», en la «Universidad de la calle».

El Puchy y yo cogimos calle juntos, lo que pasa que después la vida nos tiró por rumbos diferentes. Ahora puede ser que el Puchy esté en una posición más fácil que la mía, es por eso que puede darse el lujo de reprocharme cosas y ponerme a dudar.

—Tú cogiste a Nieves para tus cosas. Le sacaste información y la has hecho quedar como chivata en todo el barrio.

¿Hasta dónde actué mal con Nieves? ¿Hasta dónde hice lo que tenía que hacer? ¿Qué razón tiene el Puchy? ¿Qué razón tengo yo? ¡Le ronca!

El Gordillo también se está volviendo un hombrecito. Ya no hay que estar toreándolo por el Parque «Vidal», como antes, cuando andaba detrás de los extranjeros pidiendo chicles y calderilla. Ya no es el chiquito que se cagaba de miedo cuando yo lo amenazaba con mandarlo para rehabilitación de menores. Es verdad que gracias a eso fue que lo pude reclutar como informante, pero ya no es el mismo.

—Hace falta que te pongas para lo de Maikel. Atrás de ese muerto hay un negocio grande. Tania, la de Raquel, andaba con él. Necesito que averigües todo lo que haya acerca de eso y me tires la información enseguida.

—Mira, Leo, yo no quiero hacer más eso.

—¿Qué es lo que tú dices?!

—Eso, que ya no quiero seguir de informante.

Ya el Gordillo es un jovencito que tiene novia y quiere salir con los demás chamacos del barrio. Ya se le nota la sombra de un bigote.

—Leonardo, ya yo no soy un fiñe. Ya yo no estoy para que los socios me den de lado y me griten chivato cuando me paro en la esquina. Yo tengo mi moral y prefiero que si un día me coges en algo, me metas preso. Vaya, que no hay compromiso. La cárcel se hizo para los hombres. Es eso...

El Gordillo se está volviendo un hombrecito, pero hay cosas que un hombre no se puede quitar de arriba así como así.

XI

—Es positivo que ese muchacho tuvo la mercancía. Un agente que tenemos lo confirmó, pero no se sabe nada más —me dice César.

—Entonces la pasó antes de que lo asesinaran.

—O lo asesinaron para quitársela.

—En la casa no estuvo nadie más.

—¿Y si no tenía la mercancía en la casa?

—Ya ahorita es de noche. Quiero darme una vuelta por la funeraria.

—No te acuestes muy tarde. Acuérdate que anoche casi no dormimos con el asunto del levantamiento del cadáver. Hace falta tener la mente clara para mañana.

El cadáver de Maikel está en la capilla «A». Alrededor del ataúd hay pocas personas. Una sola corona de flores marchitas cuelga con una tarjeta de dedicatoria colectiva. La gente está preocupada por un asunto: ¿Llegará a tiempo el padre del muchacho desde Pinar del Río?

El Moro apostó veinte pesos a que sí. Purita, El Jabao y El Bola dicen que como está el transporte es imposible.

De todas maneras el entierro lo han puesto para las diez de la mañana para ver si da tiempo a que llegue el padre.

Hay una botella de ron recostada a una columna.

Mario elogia la profesionalidad del hombre que preparó el cadáver.

Tania tiene los ojos rojos por el humo de su cigarro mentolado. Me ve entrar, se pone de pie y sale al balcón. Está vestida de negro, un mono negro de licra, ceñido al cuerpo. Yo voy tras ella. También me recuesto a la baranda, pero no le digo nada. Hace un viento tibio.

Cuando salí de la funeraria ya eran casi las once de la noche.

El padre de Maikel había llamado desde Matanzas. Dijo que venía por tramos.

XII

Luisa estaba tirada en el sofá con su bata amarilla y una tanga mínima. Cuando entré, volvió el rostro. Yo seguí hasta la cocina, metí un par de croquetas frías dentro de un pan y le entré a mordidas.

Regresé con dos vasos, serví ron para mí, y para ella ron con menta, coloqué los dos vasos encima de la mesita. Ella se puso de pie en silencio y fue hacia el cuarto dejándome con la botella, los dos vasos y el sonido de un clásico portazo retumbándome en los oídos.

Bebí mi trago de un solo palo, luego vacié el de ella. Después me serví otro más, y otro, y otro... No sé a qué hora me quedé dormido.

Desperté con el sol en los ojos. Me dolían los huesos y el estómago me ardía. Luisa no estaba en la casa. Bebí un vaso de leche fría.

Antes de salir tomé una caneca del bar, la llené de ron y me la eché en el bolsillo trasero. Me iba a hacer mucha falta.

XIII

Fui directo al cementerio. Me senté a la entrada, debajo de unos árboles frondosos y esperé que llegara el entierro.

Eran casi las once cuando el carro asomó su hocico gris. Un hombre vestido de negro, con una mezcla de cansancio, tristeza e incertidumbre venía apoyado a la puerta trasera. El Moro no podía disimular la alegría de su rostro. El padre de Maikel había llegado a tiempo.

El entierro era la misma gente que estaba en la funeraria por la noche. Faltaba Tania y se había incorporado Pedrusco El Rey del Brillo.

No hubo despedida de duelo. El padre de Maikel se paró frente a la gente y dijo: «gracias», con voz soñolienta y pastosa.

Lo enterraron en un panteón estatal. Tres hombres, con los pantalones sucios por el yeso, lo hicieron con destreza. Diez minutos después ya la gente iba saliendo del cementerio.

Yo me acerqué a Pedrusco y le tiré el brazo por encima del hombro.

—¿Nada?

—Nada todavía.

—¿Quieres ir a la tumba del viejo Cundo?

—Quisiera, pero Frank la Puerca no me ha traído material. Me da pena ir y no llevarle un buche.

—Yo traje un poco.

—¿Alcohol?

—No, ron. Decano, pero puede servir para algo.

—A él no le gustaban esas mierdas, a él le gustaba que el trago le ardiera en el pecho, pero a falta de pan... Cuando uno está mucho tiempo sin meterse un buche, agradece cualquier cosa.

A Cundo lo habían pasado para una tumba de tierra. Un terrenito que había pertenecido a la abuela de Blanquita.

La tumba tenía un muro de ladrillos pintado de cal alrededor. Una cruz de madera y una mata de jazmín.

—Lo último que hizo Blanquita antes de irse para el asilo fue cambiarlo para aquí y sembrarle esa mata.

—Ella tenía buena mano para sembrar.

—El otro día fui a verla —le dije a Pedrusco—, le llevé cigarros y café.

—¿Te conoció?

—No, pero no importa. Se puso muy contenta cuando le di los cigarros.

Yo me empiné el primer trago y le pasé la caneca a Pedrusco. Pedrusco bebió y luego regó un poco de ron sobre la cruz. Nos sentamos en el suelo y empezamos a vaciar la caneca.

—Sabes mejor que nadie que me engañaste. Que lo que prometiste se te olvidó... —comenzó a cantar el limpiabotas.

—¡Saca la cabeza, cojones!

El Puchy me empujó por un costado tratando de mirar él también. Nos habían dicho que ella lo hacía, pero nunca la habíamos visto. Ese día nos pusimos a velarla desde que se acabaron las «aventuras». Entró como a las nueve. Nosotros le dimos la vuelta al cuarto y buscamos la rendija que nos había dicho El Jabao. No se oía bien, pero vimos cuando se quitó la blusa y Cundo empezó a tocarle las tetas.

En eso estuvo el viejo unos minutos, sobando la piel lisa y suave de Blanquita, hasta que bajó la mano y ella metió un brinco.

—¡No, coño, soy señorita!

Entonces el viejo continuó haciendo lo que ella le dejaba hacer, después se sacó el rabo y Blanquita viró la cara. Cuando terminó de hacérsela le dio un peso mientras ella se ponía la blusa.

A un costado del cementerio, donde ahora hay un parqueo, estaba el terreno de pelota. «Chama, tú vas a ser tremendo cuarto bate». Pepe la Vaca en primera; Puchy, Manteca y Luisito en los jardines, el Jabao en tercera... y Cundo de director en los pitenes de barrio contra barrio. La tarde que le ganamos a la gente de Dobarganes lo celebramos en grande: una botella de aguardiente Coronilla. El Puchy y yo nos caímos borrachos y llegamos a casa con los brazos y las piernas raspados. Nuestras viejas se pensaron que nos habíamos fajado: Eso es por andar mataperreando por ahí con ese borracho de mierda.

El terreno de pelota del cementerio, donde El Puchy y yo jugábamos, siempre en el mismo equipo.

—¡Esto es una falta de respeto! —me dijo Ambrosio poniéndome el papelito delante de la vista.

Era un pedazo de papel cartucho, estrujado y con una frase escrita con mala caligrafía: Juégale esta noche al seten-tidós.

—¡Yo no sé qué es lo que se han pensado los jugadores de este barrio!

—¿Qué cosa es el setentidós?

Ambrosio me miró receloso.

—No me vayas a decir que tú no conoces la charada.

—Claro...

—¿Entonces qué es el setentidós?

—Chico, el setentidós en la charada es ferrocarril, machete, rana y buey —me respondió con toda la seguridad de quien fuera cantador en el garito de Augusto el Lindo, allá por la década de los cincuenta.

Dice César que lo mío con Chago El Buey es un problema personal. Es verdad que a mí nunca se me va a olvidar lo que ese hijoeputa le hizo a Pepe la Vaca cuando la muerte de Cundo. Él se piensa que es el dueño del barrio. Dispone de la gente y los jode cuando le da la gana. Pone su dinero en los negocios para buscarse más, y mientras más dinero tiene más hijoeputa se vuelve porque puede pagar para que sea otro quien cargue con sus culpas. Así le hizo a Pepe.

EL asesino de Cundo había sido Ramonín, el hijastro de Chago. El viejo lo sabía y trató de tirarle la toalla. No porque quisiera mucho a Ramonín, sino para evitar un escándalo en su casa que le pudiera afectar otros negocios. Entonces, como Pepe tenía sus enredos con él, lo usó. Lo sacó del país para que apareciera como el culpable del asesinato, y aunque al final la verdad se supo, ya era tarde. Ahora Pepe la Vaca anda por allá por Miami, haciendo quién sabe qué cosa con su vida.

—Tú la tienes cogida con ese hombre.

—Chago El Buey tiene que ver con este rollo, César, ahora lo que hay es que averiguar a quién está usando.

Salgo al atardecer de la Unidad y acabo sentándome en el Parque «Vidal». Me gusta el parque a esta hora. Cuando yo era muchacho, Fela y el viejo me traían los domingos. Me gusta este banco, cerquita de la fuente.

La fuente tiene la forma de una canoa, en el centro está «el niño». Tiene un sombrero de época, la mirada altanera y el brazo derecho en alto, con una bota en la mano. La bota tiene rota la puntera y por ahí debe salir el chorro de agua.

Hace más de una hora que espero ver salir el agua por la puntera de la bota. Cuando esto ocurra los totíes deben bajar a bañarse y beber en la fuente. Pero la fuente está seca y los totíes revolotean sobre las copas de los árboles.

La manchita húmeda sobre el hombro me advierte que debo irme del

banco. Los pajaritos del Parque «Vidal» no respetan ni que uno esté vestido de policía.

Quizás el domingo la fuente tenga agua. Quizás el domingo Mariana esté de buen humor y me deje sacar a Yanet a dar una vuelta. Quizás el domingo a esta hora yo tenga un chance para traer a mi hija al Parque «Vidal». A lo mejor a ella le guste como a mí el espectáculo de los totíes bañándose en la fuente.

Atravieso el Parque. Frente al Hotel hay un grupo. En el grupo está Yusimí, la jinetera, con su hija. La chiquilla tiene puesta una bata de encaje blanco que parece un kake. La tiene toda embarrada de chocolate. A Yusimí no parece importarle mucho que se ensucie la bata de su hija. Ahora la niña corre hasta el medio del Parque. Yusimí se separa del grupo junto a un negro con muchas cadenas de oro en el cuello y un rubio alto con cara de bueno de película americana. Ríen. La chiquilla también es feliz, su risa se pierde entre el aleteo de los totíes. Se encienden las primeras luces de la ciudad.

XVII

El fogón estaba frío. Luisa leía en el sofá. La acompañé en su silencio bebiendo un trago largo.

El programa de la televisión estaba pésimo y Luisa continuaba muda.

Serví otro trago para mí y la invité con un gesto.

—¿En qué tú andas, Leonardo?

—Estoy trabajando.

—Tú sabes que no es eso lo que yo te pregunto.

Un hombre solo es solamente la mitad de algo.

La mitad de una cama siempre es fría. La mitad de una cama es la mitad de una vida: la otra mitad está dándome la espalda, lejana, incierta. La otra mitad a lo mejor no existe. La otra mitad quizás ande perdida desde hace años.

Luisa, sola como yo, duerme en la otra mitad de la cama. Tan lejos de mí como de su otra mitad. Lejana como la misma Mariana que acurruca su cuerpo en el costado de Alfredo... como Blanquita que duerme sola en una cama triste de un asilo para locos... como Mayita, que nadie sabe con quién esté compartiendo esta noche su soledad...

Eran las seis de la mañana cuando cogí la calle. Dejé a Luisa durmiendo. La neblina era espesa como el algodón.

XVIII

Pedrusco El Rey del Brillo había comenzado a trabajar temprano. Me di cuenta porque tuve que advertirle que mis zapatos negros no llevaban tinta carmelita.

—Ahorita estuvo aquí el Tomeguín del Pinar.

El Tomeguín del Pinar había vivido siempre en Remate del Diablo. En el año noventidós vendió la finca y vino para Santa Clara a buscar fortuna. Compró una casita en la orilla del río Bélico, en la calle Caridad y puso un negocio clandestino de pizzas y refresco, pero entre los inspectores del fisco y los demás pizzeros lo arruinaron en menos de un año. Entonces se tiró a la bebida. Ahora es colega de Pedrusco El Rey del Brillo quien, además de instruirlo como limpiabotas, lo usa como un «subagente especial».

—¿Qué es lo que dice el Tomeguín?

—Por la zona del SERVI-CUPET se comenta que el que mató a ese chama es un tal Gravilla.

César miró mis botas que tenían un tono tornasol.

—¿Gravilla?

—Con ese nombre el tipo debe ser malo.

—¿Y la mercancía qué?

—De eso no tengo nada todavía. Me voy para el barrio. Si cae algo, te llamo enseguida.

Fela me prometió harina de maíz tierno para el almuerzo. Me tomé un vaso de café bueno y seguí para el Sector.

Yusimí llegó cerca de las once. Tenía puesto un mono de licra azul, fumaba un More mentolado. Yusimí es una trigueña preciosa. En el barrio se comenta que está mejor que La Cuqui en sus buenos tiempos.

La Cuqui ya tiene veinticinco años y su vida hecha. Aunque el canadiense no se casó con ella como le había prometido, sí la llevó un mes de vacaciones y ella regresó armada con todo, y con dinero. Dice que allá trabajó en una pizzería. La gente del barrio comenta otra cosa. Ahora dicen que anda con un italiano que también le ha prometido matrimonio.

La Cuqui tiene veinticinco años, pero nunca se le ha podido levantar un acta por ejercer la prostitución.

Yusimí tiene diecisiete.

—¿Por qué me dejaron esto en mi casa?

—Quería conversar contigo.

—Ya yo no estoy en eso.

—Ayer te vi por el Parque «Vidal».

—El Parque es un lugar público.

—Albertico Cadena tiene antecedentes por proxeneta.

—Albertico Cadena es mi marido.

—¿Hay que felicitarte?

—Mire, policía, la gente que yo conozco es la gente como yo, la gente como Albertico. A mí no me importa lo que Albertico sea ni lo que haya hecho, a él tampoco le importa lo que sea yo, ¿entiende, policía? En mi ambiente no hay ni militantes ni trabajadores vanguardias. ¿He hecho algo fuera de la ley?

A Yusimí la trajo al barrio, Rafelito, el hijo de Magda. Cuando Rafelito fue a pasar el Servicio Militar por allá por Camagüey se enamoró de ella. La guajirita tenía trece años y era un cromo. Con

Rafelito estuvo sólo el tiempo necesario para parirle una hija y pegarle los tarros con Kiko Empanada.

Rafelito quería matarla y salió para la calle con un machete, pero en la esquina se topó con El Moro y Tachuela que estaban prendidos con una botella de calambuco y acabó cantando con ellos eso de «ojalá que te vaya bonito...» Esa tarde entró en el Club de los Tarruces.

Yusimí no duró mucho con Kiko Empanada. Pasó por El Baby, Conradito, Papitico y Ramonín, Abelardito y otros, hasta que comprendió que lo que ella hacía para divertirse alguna gente lo pagaba bastante bien.

Yusimí había intentado regresar a Camagüey, pero su padre no la quería en la casa. Por eso decidió irse de puta a Varadero.

Una mañana le llevó a Chago El Buey unos zapaticos para que se los arreglara para el viaje. Casualmente esa mañana Iselda, la mujer de Chago, no estaba en la casa. Esa misma tarde Yusimí salió para Varadero con zapatos y trapos nuevos.

Cuando Yusimí volvió al barrio alquiló un cuarto y comenzó a pagarle a la madre de Rafelito cincuenta dólares mensuales para que le cuidara la niña.

La segunda vez que vino compró el cuarto.

La tercera le echó placa y le puso rejas.

La cuarta lo amuebló...

Tanganica había salido de la cárcel. Tanganica es uno de los tipos más fuertes que ha pasado por el barrio. Legendario como Iztinio el Toro, Campana y Pedro Pechoemulo padre. Tanganica es un negro que parece de charol y que se paseaba sin camisa por todo el barrio cuando yo era un muchacho.

Tanganica levantaba los carros por la defensa de atrás para que le cambiaran las gomas y cobraba dos pesos por el espectáculo. En el barrio decían que Tanganica tenía la derecha prohibida. Había sido boxeador y un día, en una bronca en el bar, mató un hombre de un piñazo. Entonces fue que cayó preso por primera vez, cuando yo todavía era un muchacho.

Una vez en el barrio se comentó que Tanganica había roto el récord mundial de levantamiento de pesas dentro de la cárcel.

Tanganica acabado de salir de la cárcel pesaba como doscientas libras y seguía brillándole la piel. En su expediente tenía además algunos robos con fuerza e intimidación y juego prohibido.

Cuando yo estuve trabajando en La Habana fue que Tanganica trajo al barrio a Mabel la Rubia. Mabel era de La Sabana, detrás del barrio del Caracatey. Tanganica se la ganó a un guajiro en una pelea de gallos. El infeliz guajiro que ya había perdido el gallo, la casa y una yunta de bueyes, se jugó la mujer y también la perdió. Mabel vino para el barrio con el negro, sin protestar. Era preferible a quedarse en La Sabana con aquel guajiro pelado que al final dicen que acabó ahorcándose.

Ambrosio fue quien me contó la historia. Yo pensaba que eso de jugarse la mujer nada más que pasaba en algunos corridos mejicanos, pero parece que hay cierta gente, que de tanto oír corridos mejicanos, acaba haciendo esas mismas cosas.

Enseguida que Tanganica cayó preso por un asunto de carne de vaca, Mabel comenzó a acostarse con todo el barrio. Sin embargo, iba al pabellón siempre que Tanganica se lo ganaba y le llevaba jabas a las visitas.

Con el último que había estado Mabel fue Pedro Pechoemulo. La gente ya comentaba en el barrio que se habían enamorado.

Las putas a veces también se enamoran. Dice Yusimí que lo de ella y Albertico Cadena es serio. Me contaron de una mulata en La Habana que después de putear todo lo que quiso se enamoró de un tipo que para colmo era maricón y eso le costó la vida. Es que, como decía Cundo, a las mujeres no hay quien las entienda.

Tanganica se presentó en el Sector después de almuerzo. Le di un par de consejos y el me estrechó la mano, apretando hasta sentir que me traqueaban los huesos.

—El último rollo de este fue por tapar a Chago —me dijo Ambrosio cuando el negro se fue.

—¿Cómo tú lo sabes?

—Eso lo sabe todo el barrio. Aquella carne de contrabando que le ocuparon era de Chago El Buey.

—Yo voy a trabajar con Leo en la policía. Yo voy a trabajar con esa computadora grande que dicen que hay en la Unidad para buscar a la gente con el número del carnet de identidad. Y cuando un hombre robe, Leo busca el número del carnet de identidad y yo con la computadora le digo quién es y lo cogemos preso.

Tania se detuvo en la puerta.

La inevitable licra marcándole obscenamente el sexo. Los senos libres debajo del pulóver. La piel blanca, el pelo rubio. El brazo entablillado. El labio partido. Los ojos amoratados...

—Ese maricón me la tiene que pagar —dijo.

—Maikel se metía conmigo cada vez que yo pasaba. Yo estoy tranquila desde que la cosa se puso mala con esa ley nueva, hasta estuve un tiempo trabajando en la textilera. Lo dejé porque como estaba con El Chino él me mantenía. Cuando El Chino se fue para Miami yo fui para la casa de mi mamá, pero tranquila, él casi todos los meses me manda dinero, pero sin compromiso, porque él está allá y yo aquí.

Las gafas me las dio Maikel, el domingo por la mañana, y me invitó a salir por la noche. Fuimos a tomar cerveza al puente de la calle Caridad, frente al SERVI-CUPET. Ahí conocí al hijoeputa ese, era un tratatán que le buscaba la cerveza a Maikel para ganarse un peso por cada una.

Esta madrugada cuando salí de la funeraria me cayó atrás y al pasar la Terminal me llamó, que quería conversar una cosa conmigo. Me dijo que no se me ocurriera mentarlo, que él sabía que la fiana estaba detrás de mí. Yo le dije que yo no tenía nada que ver con eso y que no sabía nada, pero él me empujó contra la pared y empezó a darme golpes. Cuando fui a gritar me metió un trapo en la boca. Me dio con las manos y con una manguera que traía enrollada en la cintura y me dijo: Esto es para que tú sepas lo que te espera si se te va la lengua. Entonces

se fue y me dejó tirada en aquella esquina.

—Ese maricón me tiene que pagar esto.

—¿No sabes cómo se llama?

—Maikel le decía Gravilla. Pero ustedes seguro que pueden buscar el nombre y la dirección con la computadora, ¿no?

—Yo no sé nada de eso, policía. Yo me enteré que se echaron al chama ese como se enteró todo el mundo en este pueblo, pero yo no tengo nada que ver con eso. ¿Gafas? Yo no sé qué gafas usted me dice. Yo no sé nada de ningunas gafas. ¿Una jeba? No sé, no sé quién es esa jeba que andaba con el chama...

El careo con Tania fue rápido y eficaz.

—¡Maricón, no te hagas el loco conmigo que tú no me conoces todavía! ¡Yo sí que no tengo miedo mandarte para allá! ¡Esto que me hiciste tú me lo pagas, singao!

Entonces Gravilla se puso conversador.

—Policía, el tipo es El Pabli. Ese es el tipo, lo que pasa que él quiere joderme....

El Pabli tenía un negocio de pizzas en la calle Caridad. Seguramente es uno de los que le echó a perder la vida al Tomeguín del Pinar.

—El Pabli le pasó esa mercancía al chama, policía. El domingo por la noche, cuando el chama fue con la jebita a tomar cerveza, El Pabli me mandó a que le pidiera su dinero porque le hacía falta para otro bisne ahí, pero el chama le mandó a decir que él no estaba para negocios a esa hora, que andaba en su vacilón con su niña...

A la casa de El Pabli le decían La Trampa. Vivía con una muda que además de servirle como mujer y sirvienta era una entrada de divisas.

—El lunes por la mañana el chama fue a La Trampa y discutió con El Pabli porque él no sabía que esa mercancía era mala. Yo no sé si le pagó o no porque el Pabli nos botó a todo el mundo de la casa. Hasta a la Muda. Mire, policía, yo...

Pablo Martínez Ocaña, El Pabli, tenía antecedentes por estafa y hurto al carterismo. Lucía Pedraza Pérez, La Muda, por robo y exhibicionismo.

—¡Que yo le hice eso! Esa chiquita está loca, policía... Ella también me quiere joder... Usted no ve que todo esto es para que yo cargue con ese muerto...

La harina estaba tiesa. Piqué un pedazo con el cuchillo, lo tomé en la mano y me lo tragué de un par de mordidas.

—No has venido por aquí en todo el día y ahora no quieres esperar ni que te caliente el bocado.

—Prepárame el baño, vieja.

—Tú no puedes seguir viviendo así, hijo. Tienes que encaminar tu vida. ¿Y Luisa? ¿No la has llamado?

Dejé a Fela echándome un sermón mientras me preparaba el baño y me tiré en la cama.

Aquella tarde Luisa salió del barrio caminando por el medio de la calle, meneando sus nalgas suave, dulce, despacito...

Cuando llegó a casa del Puchy yo no la reconocí. Hacía como diez años que no la veía.

—Alberto no era el hombre de mi vida. Ahora me siento libre y voy a vivir como yo quiera —me dijo cuando bailábamos.

Estaba libre en mis brazos, moviéndose cadenciosa al compás de la música. Primero un merengue, después un casino, al final un bolero, y otro, y otro, y un calor vergonzoso en mi entrepierna. El roce inevitable, sus ojos vidriosos y su mirada anhelante, y nuestros cuerpos apretados casi indiscretamente.

Habíamos sido novios cuando muchachos. Después nos separó la vida: la escuela en el campo, mi misión en Angola, el apresurado matrimonio de ella con aquel negro dirigente que se la llevó para La Habana cuando lo promovieron a los sindicatos nacionales.

—¿Y Mariana?

—Se quedó en la casa. Dice que estaba cansada.

—¿No se pondrá celosa?

—No. ¿Quieres otro trago?

Aquella tarde Luisa salió del barrio caminando por el medio de la

calle, importándole un comino que algún carro le pitara o que alguien le chiflara desde un portal. Me había dejado su dirección, me había dejado su número de teléfono. Me había dejado loco.

—¡Vamos, Leo, que ya tienes el baño listo!

Cuando llegué al Sector ya era de noche. Ambrosio me esperaba con el segundo papelito estrujado entre sus dedos.

—Ya la gente se cree que esto es un relajó.

«Si tú subes la loma encuentras la mercancía».

Soy bueno sacando acertijos. Un policía debe ser bueno en eso, por lo menos los buenos policías de las buenas novelas son buenos en eso. Una canción de moda tenía un estribillo que decía: «si tú subes la loma, vas detrás de ese mulo».

La casa de Pedro Pechoemulo estaba al subir la loma de la calle Jesús Menéndez. No había que ser tan bueno en eso de los acertijos para comprender el mensaje. Lo difícil fue convencer a César.

La casa de Pedro Pechoemulo es una casona de puntal alto con una puerta de dos hojas en el frente. Antes había sido una bodega. La casa era la única herencia que Pedro Pechoemulo recibió de su padre. La casa y el apodo, ridículo en aquel esperpento largo, flaco y encorvado gracias al aporte genético de su madre tísica.

La casa estaba en silencio.

Después de llamar un par de veces le metí el hombro a la puerta.

En el mismo medio de la sala había una mesa con cuatro sillas. Pedro Pechoemulo estaba sentado en una. Con los codos apoyados en la mesa y la cabeza descansando sobre los brazos. Parecía dormido, pero estaba muerto. Debajo de la silla había un charco de sangre.

Dijo el forense que Pedro Pechoemulo estaba borracho cuando lo mataron. El punzón le perforó el bazo y la muerte ocurrió a causa de la hemorragia interna. Pero lo que más llamaba la atención en el caso eran los arañazos en la cara. Uñas de mujer.

Buscamos la mercancía, pero no estaba ahí.

Es de madrugada cuando salgo de la Unidad. No sé a dónde ir. No es hora de ir para mi casa. A casa de Luisa para qué. En esta ciudad todos los caminos conducen al Parque «Vidal».

Me siento en un banco del Parque, frente al edificio de la Biblioteca Provincial. Una vieja se acomoda en el piso del portal del edificio cubriéndose con papeles de periódicos. Una parejita se besa amelcochada en un banco cercano al mío.

—Si es hembra le ponemos Mariana, como tú.

—No, a mí me gusta más Yanet.

—Pues le ponemos Yanet, y va a ser rubiecita así como tú.

—No, yo la quiero chinita y trigueña, como tú.

—Y cariñosa como tú.

—Y riquita como tú.

—Dame un beso, anda...

—¿Aquí?

—Sí, aquí, ¿no ves que no aguanto más?.

—Leo, si nos ven...

Me levanto del banco y atravieso el Parque en busca de la calle Tristá. A esta hora el monstruo acostumbra a regar sus cabezas por toda la ciudad, las cabezas del monstruo pueden llegar mucho más lejos de lo que cualquiera se imagina, todo depende del azar. La cabeza de Pepe la Vaca ahora está en Miami, por ejemplo.

En la cafetería de la esquina está El Moro, debe estar haciendo alguna cola, lo mismo para un restaurante que para la notaría que para la oficina de las permutas. El Moro hace colas para luego vender los turnos.

En uno de los bancos, frente a la cafetería está Xiomara La Tuerca, discute manoteando con dos socias suyas del ambiente. Estoy seguro que además del calambuco que se han tomado tienen algo más en la

sangre. En diagonal, en la otra esquina veo a Ismaelito, el de Lucía, que ahora tiene el pelo teñido de rojo y vestido de puta canta canciones de Juan Gabriel. Hay un molote que acaba de salir de la discoteca, con su vestido blanco una trigueña preciosa cruza la calle hasta el hotel. Es Yusimí. No sé por qué la sigo. Anda sola. Pasa frente a la puerta del hotel y dobla la esquina. Por mucho que me apresuro cuando doblo ya no la veo. Se la ha tragado la tierra.

El Sótano es un centro nocturno de la ciudad. Me asomo y creo ver la blancura de un vestido que se pierde al fondo de la escalera.

—¿Desea algo el señor?

El muchacho está impecablemente vestido de azul. Es blanquito y educado. Tiene una corbata roja con un pasador de oro. En el chaleco lleva bordada una frase en inglés.

Levanto la vista y leo:

El Sótano Centro Nocturno

de martes a domingo

Entrada 1 U.S.D. Consumo mínimo 2 U.S.D.

Evalúo mi vestimenta.

—No, gracias. Sólo quería asomarme.

Estoy trabajando en un caso en el que hay ya dos muertos y resulta que pierdo mi tiempo en caerle detrás a una puta que el único delito que ha cometido es vestir a su hija con una preciosa bata blanca que no puede tener la hija mía.

César dice que tengo predisposición contra Chago El Buey. ¿Será que también estoy predispuesto contra Yusimí?

Bajo por la calle Tristá intentando pensar en otra cosa que no sea Yusimí.

No había nada en concreto que indicara quién podía haber matado a Maikel. El comentario contra Gravilla quizás fuera, como él mismo decía, para echarle el muerto.

Pero la mano de golpes a Tania tenía que haber sido por algo.

Contra El Pabli tampoco había mucho. Como si fuera poco, también lo de Pechoemulo. Y las gafas seguían perdidas.

Entré a la oficina del Sector a las tres de la madrugada. Ambrosio hacía la guardia. Le dije que se fuera y me acosté a dormir encima del buró.

XXVII

Entramos al camping. Mayita abrazada a mí, mirando hacia abajo, rehuendo las miradas de la gente. La cabañita tenía las paredes de caña brava y el techo de guano. Un catre desarmable recostado a la pared. Encendí el bombillo que inundó de cierta luz amarillenta la habitación. Olía a humedad y hacía frío.

Mayita sacó la sábana mientras yo desplegaba el catre.

Le acerqué la botella de ron y ella bebió el primer trago indecisa.

Nos sentamos sobre la sábana y volvimos a beber, le di un beso y puse mi mano sobre su muslo frío. Entonces me decidí a zafarle el primer botón de la blusa.

Salí del Sector a las siete y pico de la mañana. En la esquina me crucé con Mayita. Nos saludamos con un gesto. Ella sonrió. Tenía el pelo más rubio que nunca, y aquellos ojos verdes...

—Ya yo tengo treinta años y no tengo marido. ¿Tú piensas que te vas a acostar conmigo y no me vas a resolver ningún problema? Leo, la vida está muy dura, pipo.

—¿Te gustó?

Mayita tenía la cabeza gacha. El pelo rubio le caía encima de los hombros. Con la sábana amarilla se limpiaba la entrepierna. Era un líquido sanguinolento, viscoso. Me acerqué para abrazarla.

—¿Te duele?

—¿Tú te vas a casar conmigo, Leo?

XXVIII

En la calle la gente comentaba:

«A Pechoemulo lo mató Tanganica. Lo hizo por celos porque sabía lo de él y Mabel la Rubia.»

«A Pechoemulo lo mató el mismo tipo que se echó a Maikel. Dos muertos en un par de días y los dos por punzonazos. Ahí no hay casualidad.»

«No dudes tú que quien mató a Pechoemulo haya sido la misma Mabel. Las putas son así. Dicen que Pechoemulo le iba a decir lo de ellos a Tanganica. A lo mejor ella lo pensó y se dio cuenta de que eso no le convenía... A las mujeres no hay quien las entienda.»

«Otro muerto en el barrio. Ahí hay gato encerrado. Tú verás que hay un negocio grande detrás de todo eso. Y si hay un negocio grande tú sabes quién está siempre.»

«Lo que yo no entiendo es eso de los arañazos en la cara, compadre.»

—Traje al Pabli —me dijo César cuando entré a su oficina.

—Ustedes están equivocados conmigo. Lo que pasa es que le han hecho caso al Gravilla ese. Miren, compañeros, yo lo que hago es vender pizza y hasta pago mi patente y los impuestos. Lo que pasa es que ahora no estoy pinchando porque no hay harina en las tiendas. ¿Gafas? Miren, yo no sé de qué gafas me están hablando ustedes. Bueno, sí, claro que sé que mataron a un chama ahí. La gente dice que Gravilla había tenido problemas con él. Claro, claro que conozco a Gravilla. Él antes me hacía algunos mandados y eso, pero me di cuenta de que estaba robándome y lo boté... El Gravilla ese no sirve para nada.

—Escúchame, Pablo, ese cuento es más largo. La cosa fue así: Tú le pasaste las gafas a Maikel. El muchacho cayó en la trampa porque tú se las habías dado como buenas y eran candela. Cuando Maikel vino a pagarte el lunes por la mañana ustedes discutieron, él te quería devolver la mercancía, pero ya se sabía en toda Santa Clara lo del robo del almacén y tú no ibas a coger la papa caliente. El resto de la historia tú lo sabes mejor que nosotros.

Lo negó dos veces más.

—Tú sabes que yo no tengo apuro, Pablo. A mí me da lo mismo que hables ahora como si lo haces el mes que viene, pero aquí te vas a quedar hasta que confieses.

No hubo que esperar tanto. Cuando volvimos a entrar Pablo soltó la lengua.

—La culpa la tuvo el mismo fiñe. El problema es que quiso ser más bárbaro que uno y él mismo se buscó lo suyo. ¡Estos chamacos le joden la vida y los negocios a los hombres! Yo lo metí en esto porque sabía que él tenía un buen dinero, porque la vieja se lo mandaba de la yuma. Y me embarqué, porque quiso hacerse el largo y no pagarme, y eso no se le hace al Pabli. Uno tiene su moral y no puede permitir que un chama se haga el listo.

Antes de salir de la Unidad fui a ver a Tania. La inflamación del rostro se le había bajado bastante, pero los derrames de los ojos eran más oscuros.

—¿Ya confesó ese maricón?

—No fue él. Fue El Pabli. Lo usó, le metió miedo contigo y lo mandó a que te hiciera eso para asustarte, con eso también lo ponía en evidencia.

—Pobre pepillo.

—¿Te estabas enamorando de él?

—¡No jodas, Leonardo!

«Esa puta todavía no se había enamorado», pensé.

Tú no sabes lo que es ser una niña y que tu madre meta todos los meses un hijoeputa distinto en la casa. Tú no sabes lo que es crecer durmiendo en la mitad de un cuartico dividido por un tabique de cartón. Tú no sabes lo que es escuchar por las noches la respiración agitada de tu madre y las groserías del hijoeputa arriba de ella. Tú no sabes lo que es darte cuenta que ya eres mujer en medio de esa mierda. Tú no sabes lo que es tener que morder la almohada cuando tu madre dice 'métemela papi', y sentir como el hijoeputa empuja y tu madre gime y entonces tener que meterte la mano ahí y frotar , con los dientes apretados y aguantando la respiración para que no te oigan, hasta sentir las lágrimas saliendo y aquella sensación tibia allá abajo. Tú no sabes lo que es tener que levantarte delante de esa mirada golosa que te quiere desnudar, buscando a tu madre con veinte años menos. Tú no sabes lo que es perder la voluntad porque el hijoeputa te está sonsacando y buscándote cada vez que tiene un chance y saber que por las noches mientras el hijoeputa se lo hace a tu madre piensa en ti, que te la estás haciendo en la camita, al lado...

...Yo había tenido fiebre y estaba lloviendo, por eso no fui a la escuela aquel día. El hijoeputa lo sabía, por eso se apareció en la casa a media mañana. Yo estaba todavía en la cama y él vino a tocarme para ver si tenía fiebre alta. Yo dormía en ropa interior, pero tapada con una sábana. El hijoeputa primero me tocó la frente con la mano y después pegó su cara a la mía. «Estás un poquito caliente», me dijo y sus palabras eran como una melcocha que se me pagaba en el cuerpo. Lo sentí trasteando en la cocina, vino con un poco de ron en un vaso, se tomó un trago y me dio a probarlo: «Tómame un buchito, que esto es bueno». Después me dijo que unas fricciones de alcohol servían para bajar la fiebre. Comenzó por los hombros y la espalda... Cuando mi madre entró, ya estábamos revolcados en la cama. «¡Esta puta de tu hija me sonsacó, Raquel», dijo él. Mi madre me recogió las cosas y me dijo

que me fuera para casa de mi abuela.

Yo cogí para Cienfuegos con unas amiguitas más.

—Me quieren enredar.

El Gordillo cayó solito en el jamo.

—¿Quién te quiere enredar, Gordillo?

—La Palestina.

Se llama René González Pompa. Es de Oriente y entró en el monstruo hace dos años. Dicen que tuvo que salir huyendo de allá porque el marido que tenía le dio una tunda tremenda y le picó una nalga cuando se enteró que le había dado la mala en un negocio con otro tipo.

Enseguida que llegó al barrio fue a ver a Chago El Buey con una carta de recomendación de un amigo común. A la semana ya La Palestina tenía un cuarto alquilado en el barrio y había puesto un negocio de venta de ropa de uso.

Para cuidarse la espalda comenzó a trabajar de custodio en unos almacenes de Salud Pública. Le fue de maravilla porque logró poner también una venta de alcohol con amplia clientela. Se hizo miembro del Comité y colaboraba con mucho entusiasmo en todas las tareas de la Federación de Mujeres Cubanas.

Una sola vez La Palestina alteró el orden en el barrio. Fue la mañana siguiente a la noche en que salió vestido de mujer.

Iba a participar en un show de travestis en el club Paradiso. Iba contento y le aseguró a La Nena, la del Comité, que le iba a dedicar el primer premio. Se había vestido de La Violetera, como Sara Montiel. Margarita, la de la Federación, lo despidió poniéndole un ramito de violetas en los senos.

Se fue acompañado de toda una comparsa de maricones. Nunca pensé que en el barrio pudiera haber tantos.

Dicen que volvió al amanecer, borracho, con el vestido hecho un birriajo y las violetas marchitas. Había quedado en el decimoquinto lugar. Entonces fue que puso a correr a todo el barrio.

Margarita iba a buscar la leche de su nieto a la bodega cuando lo vio

tirado en el piso de su cuarto; la puerta abierta y el pomo de pastillas en una mano.

El Rubio que pasaba en su carretón fue quien cargó con él para el Hospital Militar.

Bastó con un lavado estomacal para salvarle la vida.

Sin embargo Margarita, La Nena y otras viejas del barrio le empezaron a coger lástima.

«Es un pobre muchacho, solo, lejos de su familia».

«Él tendrá su problema, pero es muy buen vecino y muy buen trabajador».

«Pobrecito, eso es una desgracia. Él no tiene culpa de haber nacido así».

Ahora está de moda eso de tolerar a los maricones.

—Dime, Gordillo, ¿cómo es eso de que La Palestina quiere enredarte?

—Yo estaba tranquilo, sin meterme con nadie cuando La Palestina vino a proponerme el negocio. Quería que yo le pasara una mercancía. Cuando me dijo que eran gafas no le pregunté ni de qué color eran. Eso es candela, le dije y me fui. Después él volvió con el cuento de que esas gafas no eran las del robo, que eran de un paquete que le había mandado una tía del extranjero. Yo estaba sin un peso y le dije que me diera unas cuantas para buscarme algo. Eso fue ayer por la tarde. Esta mañana temprano me enteré de lo de Pechoemulo, y eso de las uñas... Ya son dos muertos, Leonardo, y yo sé que esas gafas ahora son candela. Por eso vine a verte, yo no quiero joder a nadie, pero tampoco estoy para que me jodan a mí, y ese pájaro me quiere joder. Él tiene todavía el resto de la mercancía, en un maletín rojo, en el escaparate...

El Gordillo se estaba haciendo el listo o alguien lo estaba usando. Como quiera que fuera yo estaba seguro que iba a encontrar las gafas en el escaparate de La Palestina.

El cuarto de La Palestina es un cucurucho. Tiene un recibidorcito improvisado, una cortina delimita el dormitorio, en una esquina está la cocina y al fondo, hecho de ladrillos alicatados, hay un baño donde apenas cabe una persona de pie.

En las paredes hay pegados cientos de recortes de revistas, todos de artistas famosos, masculinos.

La Nena y Margarita, asustadas y maternales, hablaron con él, que no se preocupara, que ellas sabían que él no tenía ningún problema y que era mejor que cooperara porque parecía que había algún malentendido.

En un maletín rojo, tal y como había dicho El Gordillo, encontramos cincuenta gafas de mujer. De armadura dorada y cristal oscuro. Idénticas a la que César tenía de muestra.

—¡Ay, me quieren desgraciar! —gritaba halándose los pelos y desvanecido en un sillón. Margarita le trajo un vaso de tilo caliente antes de que lo lleváramos para la Unidad.

—Ustedes no pueden tenerme aquí. Yo nunca antes en mi vida había visto esas gafas. Eso lo puso alguien ahí para perjudicarme. Investiguen. Investiguen bien que es lo que tienen que hacer. Pregúntenle a la gente del Comité para que ustedes vean que yo no soy ningún delincuente. Lo que pasa es que porque uno es así siempre cae mal...

Mabel la Rubia fue al entierro de Pedro Pechoemulo. Estaba vestida de gris y tenía los ojos rojos por el llanto. Yo asisto a los entierros de la gente del barrio como si fuera parte de mi contenido de trabajo. El médico de la familia también lo hace. Y Rojitas, el Secretario del núcleo zonal del Partido.

Pedrusco El Rey del Brillo despidió el duelo. La cosa fue rápida, en las despedidas de duelo hay que hablar bien del muerto, y de Pedro Pechoemulo había poca cosa buena que decir.

Cuando lo bajaron al fondo del panteón de su familia materna, alguien comentó que era el último de los Pechoemulo que quedaba en Cuba.

Acababa de extinguirse una estirpe.

A la salida del cementerio sentí que me ponían una mano en el hombro.

—Vamos a la tumba del viejo Cundo —me dijo El Puchy.

La maestra nos caía mal. Era que estábamos acostumbrados a Julita, pero Julita se había ido del país. La nueva era demasiado seria y no sabía cantar ni tocar el piano como Julita. Gritaba demasiado y nos daba mucha más aritmética que lecturas.

Por eso nos caía mal.

La nueva tenía las uñas larguísimas y cuando uno hacía algo que a ella no le gustaba, juntaba las puntas de los dedos y nos daba unos cocotazos que se sentían como un taladro en el medio de la cabeza. Por eso se ganó el nombre de El Pájaro Loco.

Como los maestros siempre se enteran de los nombres que les ponen, el día que apareció un pájaro loco dibujado en la pizarra montó tremendo berrinche. Nos dijo que éramos unos irrespetuosos y nos dejó de castigo hasta las seis de la tarde.

Entonces a El Puchy se le ocurrió la idea. Escribió en un papelito, con la mano zurda: «LA MAESTRA NUEVA NOS DA

COCOTAZOS», y lo echó por debajo de la puerta de la dirección.

El «pájaro loco» siguió apareciendo en la pizarra, pero la maestra nueva no nos volvió a dejar de penitencia. Tampoco volvió a darnos aquellos cocotazos pesados.

Nos sentamos en silencio junto a la tumba del viejo Cundo. Puchy siempre ha sido poco hablador. La tarde comenzó a nublarse. Una llovizna ligera aplacó el polvo y limpió las hojas del jazmín. Nos fuimos en silencio.

Entramos al bar y El Puchy pidió dos tragos dobles.

—Por nuestra amistad —dijo chocando los vasos plásticos.

Después nos fuimos por calles diferentes. Yo entré al barrio. Él no me dijo para dónde iba.

El Club de los Tarruces estaba reunido en la esquina. Rafelito, el hijo de Magda, me llamó. Olía al peor de los alcoholes y tenía la lengua tropelosa.

—Leo, yo quiero saber qué tengo que hacer para quitarle la niña a esa puta.

—Eso no es fácil, Rafe.

—Yo no tengo un peso y lo que hago es acabarme las manos lavando piezas de motores como ayudante en un taller, pero yo le voy a quitar mi hija a esa puta. Ella me da mi hija o yo la mato.

El Moro vino con la botella y le sirvió un trago a Rafelito.

—Métete un buche, Leonardo.

Me empiné la botella y bajé un trago largo. Estaba caliente y apestoso.

—Con todo el respeto —me dijo El Moro, que estaba cayéndose—, ¿a ti nunca te han pegado los tarros, Leo?

Leo:

Fela me pidió que te hiciera esta carta. Tú sabes que yo no soy un tipo de escribidera ni esa cosa, pero ella dice que esto era mejor que te lo dijera yo. Tú eres mi hermano, y no creas que yo soy un tiñosón que la única carta que te hago desde que estás allá en La Habana es para darte una mala noticia. Pero la vida es así.

El asunto es que la jebita te falló. Yo sé que eso eres tú el único que lo tienes que resolver y que tú eres un hombre y que cuando vengas vas a hacer lo que tienes que hacer, pero de todas maneras es mejor que lo sepas desde ahora.

Dice Fela que ella no la ha dejado entrar más a tu casa. Los socios la hemos dejado de tratar. No cojas lucha con eso que tú sabes que la calle está llena de mujeres mejores que ella. Mariana le dijo a Fela que te mandara recuerdos. ¿Tú ves como a ti se te sobran las jebas? Sigue dando rabo por allá por La Habana. Cuando vengas nos tomamos una botella de ron juntos. Ahora estoy empatado con Nieves, la hija de

Santiago. Un abrazo de tu hermano:
El Puchy

—Mira, muchacha, no te preocupes, eso en La Habana no puede ser por mucho tiempo. Es que hacen falta gente ahora con el asunto de los carnavales.

—Leo, yo te voy a extrañar.

—Tú lo que tienes que hacer es portarte bien, que para eso eres mi mujer.

—Yo quiero empezar la Facultad por la noche. ¿Tú me dejas?

—¿La Facultad?

—Sí, Leo, es que quiero terminar el Bachillerato. Tú sabes que mi sueño es estudiar psicología. ¿Tú me dejas, verdad?

—Bueno, pero tienes que hacer una cosa ahora...

—¿Qué cosa, pipo?

—Vamos para allá atrás, anda.

—Leo, yo no quiero que me cojas para eso nada más...

—Déjate de bobería, Mayita. Anda, que después nos vamos a pasar un mes sin vernos...

Alejandro no me gustaba, el chiquito estaba puesto para mí, pero yo no le había hecho caso. Estaba en mi misma aula en la Facultad y a veces me invitaba a tomar un helado en Coppelia o me acompañaba hasta el barrio. Yo de verdad te estaba guardando la forma, pero entonces empezaron los comentarios.

La que armó el chismoteo fue tu Marianita: «Imagínate, el pobre Leo, él no sabe en lo que se ha metido, no ha llegado a La Habana todavía y ya esa anda exhibiéndose por ahí con un tipo.» Tu madre también, tú sabes que ella y Mariana eran uña y carne: «Yo no sé qué es lo que tiene en la cabeza este hijo mío, con lo buena muchacha que es Mariana y haberla dejado por esa... Mira que yo se lo advertí, pero nada. Y esa que ni siquiera tiene una gota de respeto ni de moral. Porque ninguna muchacha decente hace eso de andar de noche por ahí con otro mientras su novio está en La Habana... Pero bueno, vamos a ver qué es lo que pasa cuando Leo se entere, porque tiene que enterarse...»

Al final si me lo echaba o no de todas formas te iban a meter el chisme. Como pasó.

Una noche me invitó al cine. Nos escapamos de la clase de

Matemática y fuimos. Fue la primera vez que me dejé besar por él, pero no me gustaba.

Después vino lo de la bronca con Mariana en la esquina. Yo pasaba y ella me dijo algo. Entonces nos enredamos.

Aquella noche Alejandro me dijo que si quería irme con él. Yo preparé el bulto y me fui para su casa. Pero nada más que duramos unos meses, el chiquito no me gustaba.

Después estuve con El Papa y con Iván, el primo de tu mujer. Cuando murió mi mamá, me fui con El Guajiro, que hacía tiempo andaba dándome vueltas.

—Ellos salieron. A Alfredo le dieron una reservación para comer en un restaurante y fueron los tres.

La madre de Mariana me trajo una taza de café amargo.

La vieja está para la cocina, colando café. Tienes tu mano metida entre los muslos de Mariana. Ella suspira. Ya eres hábil en correr con tus dedos índice y del medio el elástico de la pata del blumer, sientes el pubis suave y húmedo y ella que se abre dócil. Juegas con el clítoris mojado y sientes la mano de Mariana, tibia, que se mete por tu portañuela y comienza a hacer. Aquello no te cabe dentro del pantalón. Sientes como si se te fuera a reventar, hasta que una sensación de libertad te avisa que Mariana lo ha sacado y ahora lo manipula, arriba-abajo, al aire libre. Respiras profundo y la besas. Se besan. Entonces ella se pone de pie para enseguida encaramarse encima de ti, a horcajadas. Sientes un lamento del sofá. Una sensación tibia. Un gemido de ella que comienza a moverse sobre tus muslos... Afuera está lloviendo.

—La niña está bien, no te preocupes.

Es medianoche. Ha sido un día difícil. No quisiste comer, sólo un vaso de leche. La cama suave acoge tu cuerpo molido. Desde la madrugada en La Sabana con el operativo: la captura de los matarifes primero, luego el rastreo de la carne por toda la ciudad. Quinientas libras de carne de res ocupadas en doce puntos diferentes de la ciudad. Más de cuarenta detenidos por hurto y sacrificio ilegal de ganado mayor, delito que se paga tan caro como matar a un hombre. Más de veinticuatro horas consecutivas de actividad policial. Carne. La carne tibia de Mariana que se te encima, acurrucándose junto a ti. La abrazas y notas que está completamente desnuda. Tu mano comienza a reconocer el cuerpo de tu esposa; los senos duros, la espalda tibia, las nalgas

carnosas. Carne. Más de quinientas libras. Más de veinticuatro horas dando carreras sin dormir, sin descansar, sin apenas sentarte un minuto. La lengua de Mariana que se desliza por tu cuello, instigadora. Tu mano que se estimula y busca entre el pubis los dos labios húmedos que comienzan a abrirse cuando ella gira su cuerpo y se ofrece, boca arriba, temblorosa y anhelante, desenfrenada y voluptuosa, sencillamente necesitada de ti, que ahora exhalas un ronquido, mientras tu mano resbala inerte por encima de su muslo tibio.

—Pasa mañana si quieres verla —me aconseja mi ex-suegra.

Lo que pasa es que tú ya no te ocupas de mí ni de tu hija. Yo no sé en qué mundo tú vives, Leonardo. ¿Tú no sabes que lo que falta para el cumpleaños de Yanet es menos de una semana, y aquí en esta casa no hay un caramelo, ni un refresco, ni se ha pensado en un kake? ¡Ni siquiera una bata para que tu hija se estrene!

—Alfredo la quiere muchísimo, ¡como un padre!

Mariana termina de acomodar tu ropa en la maleta. Fumas callado, de espaldas a ella. La niña juega triste en un rincón. «Ella lo entiende todo», te ha dicho Mariana. Tu suegra entra con una taza de café en la mano y te la brinda. «Esta sigue siendo tu casa, hijo», te dice y sale cabizbaja. Mariana respira profundo, es un suspiro. Tú quieres decir algo, pero ella te interrumpe. «Esto no aguantaba más, Leonardo», te dice y tú quedas callado. Consciente de que no hay nada más que decir.

—Dígale a la niña que el domingo vengo para llevarla a pasear. Le pido a mi ex-suegra al tiempo que le devuelvo la taza de café.

—Yo te juro, Leo, que todo lo que te dije era verdad.

—¿Y qué fue lo que te faltó decirme, Gordillo?

Hay cosas que un hombre no se puede quitar de arriba así como así. El Gordillo tiene compromiso con mucha gente. Él se está volviendo un hombrecito, pero el monstruo es el monstruo y prepara sus cabezas como a él le da la gana. Por mucho que El Gordillo quiera, su cabeza no le pertenece.

—¿Quién te mandó?

Para moldear la cabeza del Gordillo el monstruo necesitó ayuda. Siempre ocurre así. Por un lado yo puse mi mano. La otra mano se la echó Chago El Buey.

—Leo, yo te voy a hablar claro porque me quieren joder. Desde el sábado yo vi que aquí en el barrio había algo raro. La Palestina andaba con un entra y sale que no era normal en casa de Chago El Buey. Después lo vi conversando con Maikel. Yo no tenía ni trabajo ni dinero y me puse para ver lo que me podía buscar. Lo mío era averiguar qué negocio había para meterme y buscar unos pesos. El lunes por la noche La Palestina entró tres veces en casa de Pedro Pechoemulo, iba cargado. Después me enteré de lo que pasaba: La Palestina le había dicho a Chago que no iba a seguir con el negocio porque supo que las gafas eran robadas y que se habían echado al chama. Hasta ese momento la mercancía había estado en el cuarto de La Palestina, pero como se acobardó le dijo a Chago que iba a limpiar. Entonces Chago metió a Pechoemulo en la jugada. Cuando La Palestina estaba mudando fue que yo aproveché y le dije que lo sabía todo y quería pinchar. Pero La Palestina se lo dijo a Chago y el viejo mandó a Tanganica a buscarme. Me dio cien pesos para que me callara la boca, pero anoche se apareció Tanganica otra vez en mi casa, me dio el maletín rojo y me dijo que tenía que ponérselo a La Palestina en el escaparate esa noche cuando saliera. Después Chago me dijo que te pasara la información. Eso sí que

es todo lo que yo sé, Leonardo, te lo juro por mi vieja.

—¿Entonces Tanganica fue quien mató a Pechoemulo?

—Eso dice la gente.

—Mira, Leo, si tú me traes una prueba, solamente una prueba contra Chago El Buey, yo lo meto preso, pero así no puede ser la cosa. Mejor te pones para el Tanganica ese. Yo voy a presionar a La Palestina con esta información a ver si confiesa, pero no puedo hacer nada más.

—Ese pájaro no va a hablar, César..

Fela me había hecho una comida exquisita: sopa de arroz con patas de pollo y arroz amarillo con patas de pollo. Últimamente estaban sacando al mercado paquetes de patas de pollo.

Mientras comíamos Fela sacaba la cuenta de la cantidad de muslos, contramuslos, alas y pechugas que correspondían a los miles de patas de pollo que llegaban diariamente al mercado y después intentó desentrañar el enigma de a dónde iban a parar aquellas postas.

Entonces se fue la corriente.

En medio de un apagón se pueden hacer una pila de cosas en el barrio. Me levanté de la mesa y me fui a la calle.

El barrio estaba malamente alumbrado con algunos mechones de petróleo.

Cuando toqué a la puerta miré a ambos lados de la calle. Algunos transeúntes pasaban como fantasmas. Mayita vino protestando porque siempre quitan la luz a la hora de la telenovela.

Estaba en bata de casa, con el mechero en la mano.

—¡¿Tú?!

—¿Estás sola?

Me había tocado la guardia el veinticuatro de diciembre. En Cuba no se celebraba la Navidad, pero allá sí. La gente andaba de fiesta por la calle y mis compañeros habían ido a otro «predio» a tomar cerveza y comer carne de puerco.

Yo estaba solo en la casa, de guardia. Escuchaba un casete de Julio Iglesias y trataba de escribirle una carta a Mariana cuando la muchacha tocó a la puerta.

Era una mulatica de apenas quince años. Yo la había visto antes rondando la casa, también en la playa. Me pidió que la dejara pasar. Quería oír música y que la invitara a beber algo. Yo tenía una botella de ron.

Eso de darle dinero a una mujer para acostarse con ella era un rezago

del pasado. En nuestro país habíamos acabado con la prostitución. La gente decía que Blanquita era puta porque lo hacía con todo el mundo, pero no cobraba. A veces el viejo Cundo le daba un peso, pero era porque él quería dárselo. Los muchachos no teníamos dinero y no le dábamos nada, y ella seguía haciéndolo con todos. En nuestro país la prostitución era cosa del capitalismo. Pero no estábamos en nuestro país. Por eso Barrabí metía las negritas en su cuarto y les regalaba cien kuanzas. Otras veces una lata de sardinas. Otras veces un tubo de pasta...

La mulatica, que era preciosa, me invitó a bailar. Yo quería escribirle una carta a Mariana, pero Julio Iglesias me recomendaba que tomara aquella chiquilla por la cintura y la apretara contra mi cuerpo con el pretexto de sus canciones.

Los senos de la muchacha me pincharon el pecho. Hacía diez meses que no tocaba a una mujer. Allá se baila bien apretado, el bulto de su entrepierna incrustado en mi muslo y un calor que me abrasa las orejas y me endurece el sexo.

Yo quería escribirle aquella noche una carta de amor a Mariana, pero tenía conmigo a una mujer. Una chiquilla que me pidió otro trago de ron y se sentó en mis piernas.

—Vamos a mi cuarto —le dije.

—Son doscientas kuanzas.

La prostitución es un rezago del pasado en mi país. Pero yo no estaba en mi país. Yo quería escribirle una carta a Mariana, pero era veinticuatro de diciembre y la gente se divertía. Yo estaba de guardia, solo en mi casa, con una muchacha y una botella de ron. Me quedaban doscientas kuanzas en el bolsillo.

—Te traje esto, para que te compres un creyón nuevo.

—Entra un rato —me dijo Mayita apretando el dinero en su mano.

En medio de un apagón se pueden hacer una pila de cosas en el Barrio.

Mabel la Rubia vive en una casita de madera al final de un callejón.

—¿Tanganica está aquí? —le pregunté cuando abrió la puerta.

—Yo no he visto a ese hijoeputa hoy.

Entonces vino la corriente. El barrio se desperezó con grito de júbilo. Mabel contrajo el rostro y sus ojos se achicaron con la luz.

—¿Entonces quién te hizo eso?

Tenía la cara y los brazos llenos de moretones. Cojeando me dio la espalda y se sentó con mucha dificultad en una butaca vieja.

Ya no era la mujer bonita de unos años atrás, aunque le faltaba bastante para llegar a los treinta.

—Entra y cierra la puerta —me pidió.

—Yo se lo iba a decir la última vez que tuvimos pabellón, pero Pedro no quiso. Él quería ser quien se lo dijera. Pero parece que ya la noticia le había llegado por otra gente. Allá adentro también se saben las cosas. Aquella tarde cuando nos acostamos me obligó a hacerlo como tres veces. Yo creía que estaba empastillado, pero era odio lo que tenía. Cuando terminó me dijo: «Putá, cuando salga voy a matar a ese maricón, y a ti te voy a dejar renga para toda la vida». Yo no sé dónde estaba metido, cuando salió de la cárcel no vino por aquí. Esta tarde fue que apareció. Yo acababa de llegar del entierro. Yo no quería, pero él me obligó a que lo hiciera. Después me golpeó y me hizo una cochinada que no quiero recordar. También me dijo que se iba lejos pero que el día menos pensado se me aparecía para que yo no me olvidara de quién es él.

Camino de la Unidad pasé por el Sector. Ambrosio me estaba esperando con otro papelito.

—Parece que aprovecharon el apagón.

—En medio de un apagón se pueden hacer una pila de cosas en el barrio —le dije.

El papelito decía: «PUPÚ - CHA CHÁ, EN TREN SE VA».

Debo admitir que César confía en mí. Él protesta, pero acaba aceptando.

—Lo del primer papelito no has tenido todavía posibilidad de demostrármelo. Tú tienes un problema personal con ese viejo. Es un hijoeputa, pero lo tuyo con él es personal. Además te estabas aferrando a una cábala que alguien que no sabes quién es te dio con la charada, pero el setentidós como mismo es buey también es cinco cosas más, tú mismo me lo dijiste. La segunda vez te dijeron que la mercancía estaba en casa de Pechoemulo y lo que nos encontramos fue al hombre muerto, y nada de la mercancía, por cierto que lo que encontramos en casa del mariconcito es menos que una muestra. ¡Y ahora vienes con lo de Tanganica y el tren. Ya esto es demasiado, Leo!

—¿Tú no has oído, negro, que la tercera es la vencida?

La primera vez en mi vida que di una patada en los cojones se lo hice al Ruso. Le decían así porque era un jabao de pasas amarillas, medio albino. El tipo siempre estaba fajado.

Aquel día mi viejo había pintado el frente de la casa. Los grandes estaban jugando bolas y El Ruso vino y se recostó con el pie en la pared. Fela lo regañó y él le respondió con una grosería. Entonces yo le fui arriba. Fela empezó a gritar y El Ruso a darme piñazos que parecía un ciclón. Entonces fue que me acordé del consejo del Puchy, levanté la rodilla y lo adiviné. El Ruso se puso pálido y se aguantó los güevos con las dos manos como si se le fueran a caer. Yo pensé que lo había

matado, porque se desplomó en el piso sin aire.

Cuando entramos al salón de espera de la Terminal de Trenes, enseguida distinguí a Tanganica entre la multitud. César y yo nos le acercamos.

—Me he pasado el día buscándote —le dije. Entonces vi aquel puño negro que se me incrustaba entre ceja y ceja. Sentí que el mundo se iba y sólo atiné a levantar la rodilla en una torpe técnica de karate.

Creo que estuve unos segundos sin conocimiento. Cuando volvió a alumbrarse la sala lo primero que vi fue el corpachón de Tanganica retorciéndose en el piso, aguantándose los güevos con las dos manos, como si se le fueran a caer.

—Yo maté a ese. Lo maté porque se estaba templando a mi mujer. ¿Estas gafas? Bueno, estaban en su casa y aproveché. Cogí unas pocas y se las puse a ese maricón para que cargara con la culpa mientras yo me piraba lejos. Los arañazos se los hice con una uñas postizas de Mabel, para que llevara un recuerdo.

—¿Y Chago El Buey?

—A Chago no lo he visto desde que salí del talego. ¿Qué tiene que ver Chago con esto?

—Tú estás predispuesto con ese hombre por lo que le hizo a tu socio Pepe la Vaca, Leonardo —me repitió Cesar cuando nos quedamos solos en su oficina—. Mira, lo mejor es que te vayas, se te está hinchando la cara y tienes tremendo derrame. Yo me ocupo del papeleo. ¿Quieres que te ponga un carro?

—No, deja, prefiero irme caminando.

La cabeza me retumbaba como un tambor. Los pómulos me los sentía anestesiados. La vista como si estuviera borracho. Un poco de temblor en las piernas. De todas maneras prefería irme a pie. Tenía necesidad de respirar aire puro.

Voy bajando la cuesta, con rumbo al barrio. Voy pensando en una pila de mierdas diferentes. Mierdas como el destino, por ejemplo. Y el destino es mi propia historia: la historia de Mariana, la de Mayita, la de Tania, la de Pepe la Vaca, la de Yusimí, la jinetera que no tiene nada que ver con mi historia, en apariencia; la historia de Chago El Buey, el hijoeputa de mi película...

Mayita vestida de blanco y linda firmando un papel que la hace mi esposa, Tania sosteniéndole la cola del vestido. Mayita que estudia psicología y vamos a acabar trabajando juntos porque su tesis es una investigación sobre «los trastornos de conducta en menores y adolescentes». Mayita que hace su servicio social conmigo en el Sector y todas las mañanas vamos juntos de la mano para el trabajo mientras que la gente del barrio nos mira con orgullo y respeto. Tania que nos ayuda en todo, sentada frente a su computadora, y compone los gráficos y las tablas que luego Mayita cuelga de la pared del Sector para que las visitas comprueben cómo nuestra labor profiláctica ha influido en la disminución del delito en la zona.

Y las visitas que vienen a felicitarnos por nuestros logros.

Y el barrio tranquilo porque Chago El Buey cayó preso por la última mariconada que hizo.

Y la gente de la visita nos aplaude y nosotros cerramos la película con un beso de tres minutos mientras corren los créditos.

Pero el destino es el destino y la película es distinta, porque Mayita es una puta que se va poniendo vieja, Tania una jinetera que ha perdido, más que la vergüenza, los escrúpulos, y Chago El Buey está en la calle, impune y sin traumas existenciales.

Y yo soy un comemierda que para poder vivir tiene que inventarse historias de mariposas doradas revoloteando en una nube color rosa, mientras camino, cuesta abajo, sin un rumbo fijo.

Sentado en un banco de la Terminal de Ómnibus esperé la mañana. Enseguida que vi amanecer, busqué el sillón de Pedrusco El Rey del Brillo.

—¿Matanza? —me preguntó.

—Sí, ya se acabó. Dame un trago —le pedí.

Pedrusco me alcanzó un pomito ámbar con un agua lechosa.

—Te dieron durísimo.

—Sí, pero le partí los cojones —le dije. Me empiné un buche largo y con el estómago echando candela cogí con rumbo a casa de Chago El Buey.

—Tengo que hablar con usted.

—¿Y ese milagro?

—Nada más que quiero que usted sepa que yo no soy comemierda, que lo voy a estar velando toda la vida y acuérdesese que, como dice el dicho, al que velan no escapa. Ya van dos, no se confíe. ¡Cuídese, cuídese mucho! Pero sepa que por mucho que se cuide yo lo voy a velar y a lo mejor ya no tiene a mano un Tanganica que lo apañe o un Pechoemulo que se deje usar, o un infeliz como Pepe La Vaca que....

—¿Qué fue lo que te pasó en la nariz? —me interrumpió con cinismo.

Cerré el puño y al ver contraerse mis músculos, la sonrisa irónica del viejo se trocó en un rictus de miedo, casi un gesto de protección. Entonces fui yo quien sonreí.

—Busque bien en casa de Mabel la Rubia, al final del patio, en un cuartico de madera. Ahí van a encontrar toda la mercancía robada que les falta. Dicen que era casi un contenedor lleno —me dijo.

Yo escupí ante sus pies. Y le di la espalda.

Todavía con el informe sobre el buró, César no lo podía creer.

—Yo pensé que esta mercancía no la recuperábamos, Leo. Pero, ¿cómo fue que diste con esto?

—Yo tengo mis mañas.

—¿Mañas o informantes?

—Sí, uno nuevo.

—Eficiente el tipo.

—¡Tremendo hijoeputa!

—Bueno, esa es la materia prima con que nos toca trabajar, ¿no?

XLIII

Este domingo no viene la pipa de cerveza. La gente se quejó al Delegado del Poder Popular, pero la respuesta es que le toca a otra zona.

Por eso hoy pude levantarme tarde, Fela me llevó el café a la cama y después me afeité y bañé antes de desayunar.

Iba a pasar por casa de Mariana para decirle que por la tarde me llevaba la niña al Parque, cuando sentí el escándalo.

La Nena entró a mi casa con las greñas despeinadas y gritando:

—¡Corre, Leo! ¡Corre, que la mató!

El carro pasó pitando cuando yo salí a la calle poniéndome la camisa.

—¡Esa puta ha desgraciado a mi hijo! —gritaba histérica Magda.

—Él lo dijo. Hace tiempo que lo estaba diciendo, lo que pasa es que no le hicieron caso —comentaba El Bola.

—Le metió cinco puñaladas.

—Yo la vi mal.

—Esa se muere.

Albertico estaba en la esquina, impasible, con sus seis cadenas de oro brillando al sol de la mañana de domingo.

La patrulla llegó enseguida. Rafelito estaba sentado en la sala de su casa. Tenía toda la ropa empapada en sangre. Cuando entramos, nos tendió las manos ensangrentadas para que le pusiéramos las esposas.

—Esa puta no va a criar a mi hija —sentenció.

Era casi mediodía cuando pasé en el carro de la patrulla por frente a la casa de Mariana. Yo iba en el asiento de atrás, junto a Rafelito. Yanet jugaba en el portal con Alfredo. Tenía puesta una bata de encaje blanco y en el pelo muchos lazos de colores. Evidentemente iban a salir de paseo.